

la santidad. Temblando voy, Señor, á causa de mi miseria; pero también voy lleno de confianza, apoyado en tu brazo paternal.

Acto de amor.

Dios mío, tu criaste para tí mi corazón, y en el día de mi bautismo tomaste posesión de él: más ¡ah! que yo te lo he quitado y lo he dado al demonio entregándome al pecado. Sí; con dolor lo confieso, he amado al pecado más que á mi Dios, pero tú Señor, me has trocado; á tí te doy para siempre mi corazón, oh Padre tierno y amoroso! Muy loco sería y muy ingrato si sin amor me acercara á los pies del sacerdote que en tu nombre va á perdonarme. Aquí te traigo pues, Jesús mío, mi corazón;

en tus manos quiero ponerlo, mira Señor cuán débil y enfermo se encuentra el corazón de este tu hijo: el demonio le ha hecho juguete suyo, el pecado lo ha desfigurado, y borrada en él tu imagen no está ya para conocerse! Mas ya quiero amarte, Jesús mío, que harto he sufrido lejos de tí. ¡Oh y cuán pesado es el yugo que impone el demonio al hijo que no te ama; por eso quiero amarte de hoy en adelante; porque tú eres el descanso de mi alma, la dulzura de mi vida y la esperanza de la eternidad! Amén.

ORACIONES

DESPUÉS

DE LA CONFESION

Acto de admiración.

Bendito seas, Señor y Dios mío, que acabas de hacer bri-

llar tu misericordia para conmigo, arrancando á mi alma de los lazos que el demonio me había tendido y en los que desgraciadamente había caído, y perdonándome todas las culpas de mi infancia. ¡Oh y cuán dulce alegría ha derramado en mi alma este grande beneficio! Yo no encuentro palabras para expresarla.

Y qué, ¿será posible que yo, pobre niño sin virtud y sin amor, haya levantado á tí la voz para pedirte gracia, y que tú, te hayas dignado escucharme? Sí Dios mío, en tu indulgente compasión, acabas de salvar mi alma deteniéndola al borde del abismo, y no queriendo verme caer en él con tantos que á él descienden. ¡Oh y cuán bueno eres, Señor, para los que á tí van con un corazón recto!

Heme aquí, pues, Señor reconciliado contigo, hecho el objeto de tus favores y recobrado el lugar que en tu corazón había perdido, pues mis pecados me han sido perdonados. Ahora no temo el juicio; cerrado me está el infierno, y no soy ya esclavo del demonio.

¡Cielos! abrid vuestras puertas, que ya tengo derecho á vuestra gloria y á vuestros eternos deleites! Muerta estaba mi alma, y ha vuelto á la vida; la túnica del bautismo perdida, acabo de encontrarla; casi tan limpio estoy como después de mi bautismo.

¡Ah! quién muriese Dios mío, en este instante; pues que yo te amo y tú me amas, seguro estaré de verte; mas tú quieres que viva para mostrarte mi fidelidad y para bendecir en me-

dio de los hombres al Dios que con tanta clemencia trata á sus pobres hijos. ¡Gracias te sean dadas, Señor, por todos tus beneficios!

Acción de gracias.

No sé en verdad, Señor, cómo testificarte la gratitud que siento en el fondo de mi alma por el perdón que acabas de concederme. Yo sólo vivo por tus favores, y nada tengo que tú no me lo hayas dado: la vida, el bautismo, la educación cristiana que he recibido. Y ni mi vida será tan larga ni tan grandes mis fuerzas, como sería menester para mostrarte un digno reconocimiento. Bien reconozco, y siempre lo diré á gloria de tu santo nombre, que tú, Señor, no me has tratado según el número y la enormidad de mis

pecados, sino que antes, lleno de una ternura de padre para conmigo, has querido compadecerte de tu hijo librándolo de la vergonzosa servidumbre del pecado y de la cruel esclavitud del demonio.

En reconocimiento del perdón, que acabas de concederme, te ofrezco, Jesús mío, cuanto soy y cuanto puedo: el resto de mi infancia para que sea toda tuya, mi juventud, para que transcurra en la obediencia á tus santas leyes, y mi vida toda para que sea testimonio de mi agradecimiento. Tales son, Señor, mis votos, tales los deseos que hoy puedo ofrecerte: dignate aceptarlos y bendecirlos, ¡oh Dios de misericordia!

Actos de propósito.

Resuelto estoy, Señor, y á tí lo he prometido y á mi confesor y á mí mismo, resuelto estoy á guardar tus santas leyes y á vivir como cristiano; ya no quiero, Dios mío, separarme más de tí, porque ¿adónde iría fuera de tí, para hallar como en tí encuentro, la paz, la vida y la felicidad? Ya procuraré huir todas las ocasiones que me han sido tan funestas; no quiero frecuentar las personas que me han dado malos consejos y ejemplos, y antes sólo tendré por amigos á los niños que te aman; voy á trabajar seriamente en arrancar de mi corazón todas las inclinaciones viciosas, nutriéndolo con santos pensamientos, con piadosas reflexiones y con

prudentes designios. De hoy en adelante nada dejaré de hacer por adquirir las virtudes que convienen á la posición en que tu divina providencia me ha colocado; procuraré ser prudente, piadoso, dócil, aplicado á mis deberes, obediente como tú lo quieres: quiero derramar el olor del buen ejemplo donde quizás he escandalizado y hacer que te bendigan donde habré hecho que te ofendan.

A tu gracia debo, Dios mío, estos propósitos y resoluciones pues sin tí nada puedo, mas ayúdame á ponerlos por obra. ¡Oh Padre de misericordias que me has sacado del pecado, muy pronto volveré á caer en él si tú no me sostienes! Pídele y te suplico, que no sea unos cuantos días, los que haya vuel-

to á tí y á la virtud, sino que sea toda mi vida y para siempre. Antes morir, Señor, aquí á tus pies, que perder otra vez tu gracia con tu amor. Amén.

ORACIONES

PARA ANTES

DE LA COMUNION

Acto de fe

Yo creo, Señor, porque tú lo has dicho y la Iglesia lo propone, que debajo de la apariencia del pan está encerrada, escondida y como anonadada la divina Persona de tu Hijo, mi Salvador. Sí, lo creo sin duda alguna con entera sumisión de mi juicio y voluntad, creo que ahora en esta mañana aquí en la santa mesa voy á recibir

cuerpo, sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Aquel divino niño que en los brazos de María vieron y adoraron los pastores, viene ahora á descansar en mi pobre corazón; el niño obediente que estuvo sujeto á José y á María se somete hoy á mí; el Cordero de Dios inmolado en la cruz, el Rey de los ángeles, la gloria y el gozo de los bienaventurados va á venir á mí, pobre niño ignorante y ya culpable,

¿Será posible, Señor, que mi cuerpo miserable, va á ser ahora tu templo, mi corazón tu santuario y mi alma tu tabernáculo? Sí, sí, el cielo entero viene á mí junto contigo.
